

soldado, ni su deber de patriota. Recordemos a Labruyère: "el despotismo no tiene patria".

El patriotismo no reviste la santidad de su carácter sino en la guerra defensiva, cuando se levanta a los pueblos para defender el derecho y la libertad contra la injusticia y la opresión. Aún vencido, la conciencia de la Historia le guarda un respeto que no concede jamás al vencedor en el orgullo de su triunfo. Los galos de Vercingetorix contra las legiones romanas de Cesar; los compañeros de Juana de Arco arrojando a los ingleses de Francia; los trescientos mil boeros oponiendo su pecho como una muralla a un imperio de doscientos millones de habitantes; las chusmas de campesinos franceses agolpándose a la frontera para impedir el avance de la coalición monárquica contra su libertad naciente; no han hecho más que la gleba mexicana sublevándose hoy día contra sus tiranos, contra los que en 1821 le birlaron su independencia, contra los que lejos de considerarlos como compatriotas, pretenden prolongar sistemas de vasallaje de iniquidad y de abuso. Los pueblos que se revelan contra la tiranía de dentro o de fuera, de su país o del extranjero, ofrecen al mundo el espectáculo del patriotismo en lo que tiene de más legítimo, de más glorioso y de más venerable.

El feudalismo mexicano es tanto más odioso y la insurrección plebeya, la gran jaquería mexicana tanto más gloriosa, tanto más justa su causa, cuanto que, *en el feudalismo europeo, lo mismo que en el samuráismo nipón, la plebe no participaba en la guerra más que por el impuesto.* El honor de defender el suelo patrio correspondía solo a los señores, y si en México, este honor se encomienda a los indios, no es, seguramente, para honrarlos. Para defender el orden o el territorio, como para conquistar la libertad, en México, con pocas excepciones, no se derrama más que una sangre: la sangre india. (1).

(1) von Moltke dijo que los pueblos cuya paz se prolonga con exceso, pierden sus cualidades viriles. Las palabras de un hombre de guerra no pueden ser

Para defender el dogma católico que condena toda especie de rebeldía sin distinción, los doctores de la Iglesia han dado excelentes razones políticas y filosóficas. Si cuando Huerta llegó al poder, por medio de los criminales procedimientos conocidos de todo el mundo, el Alto Clero Católico, sin que nadie pudiera exigirle una protesta siquiera, hubiese probado su obediencia al dogma encerrándose simplemente en la más absoluta neutralidad, mostrando una cristiana resignación ante la situación impuesta por la más infame y descarada de las rebeldías, aquellos de los numerosos maderistas que siempre hemos sentido por la religión de nuestros padres el más profundo respeto, habríamos considerado su silencio como la mejor prueba de su honradez y disciplina.

En el curso de estos apuntes he procurado rehuir a toda alusión religiosa porque siempre he desconfiado de la impostura complacientemente acarreada por todos mis paisanos demasiado resentidos aún del espeso am-

autoridad en este capítulo; pero a los que nos lamentamos de los horrores de la guerra, los siguientes conceptos del hombre más manso y bondadoso que jamás haya existido, Ruskin, pueden servirnos de consuelo:

"Cuando os digo (afirma en la "Corona de olivos silvestres") que la guerra es el fundamento de todas las artes, quiero decir también que es el fundamento de todas las virtudes y facultades elevadas del hombre. Es muy extraño y muy horrible para mí descubrir esto; pero he visto que es un hecho innegable. ... En suma, he encontrado que todos los pueblos hallaron en la guerra la verdad de sus palabras y la fuerza de su pensamiento: que se nutrieron en la guerra y perecieron en la paz; que la guerra los enseñó y la paz los engañó; que la guerra los levantó y la paz los derribó: en una palabra, que nacieron en la guerra y murieron en la paz".

Si bien es cierto que hace esta honrada restricción:

"Si a vosotros, señores de este reino o de cualquier otro, os gusta hacer de los combates un entretenimiento, hacedlo a vuestras anchas, pero no dirijáis desde la verde pradera, convertida en tablero, a los desgraciados peones campesinos. Si ha de ser esto un juego de muerte, exponed vuestras propias cabezas, no las de ellos. Los dioses, desde la nube olímpica, se interesarán por una bella lucha y estarán con vosotros; pero no lo estarán si cogéis sitio sobre los costados del anfiteatro, en el cual las montañas del globo son las gradas y sus valles la arena donde colocaréis vuestros millones de ciudadanos en una guerra de gladiadores.

biente expresamente creado para mantener sistemas que, dentro de la verdad, habrían bien pronto sucumbido. Durante mi largo viaje, emprendido a raíz de la Tragedia que costó la vida a los hombres más honrados de la República, muchos proscritos de distinto credo trajeron a mi conocimiento multitud de crónicas que, alejado del país, con el corazón asqueado de mentira y de chisme, creí siempre imaginadas por la fantasía siempre alerta de sectarios que jamás dejaron de serme odiosos. Pero debo, al fin, rendirme a la triste evidencia. Es verdad que muchos curas han abusado de su posición para arrojar, desde el púlpito, todo el veneno de un odio imbécil, incomprensible y funesto. Maderistas ha habido que fatigados de la saña de ciertos predicadores, tuvieron que alejarse de las prácticas religiosas. No puede negarse hoy día que el nefasto Partido Católico ha causado más daño a la Iglesia que la huracanada palabra de aquella pobre histérica cuyos discursos al aire libre, pronunciados ante cincuenta fervientes de Vargas Vila, despertaron el rencor de los mogigatos contra el *más cristiano*, más tolerante, más respetuoso y más legítimo de los gobiernos. El torrente revolucionario tendrá que arrancar de la Iglesia Mexicana la mala yerba que la deshonorra y emponzoña.

La experiencia de la Historia nos enseña que las revoluciones las promueven los cuerdos y las acaban los locos. Durante toda su primera etapa, como revolución y como gobierno, la Revolución Mexicana no conoció más que cuerdos más o menos acertados, más o menos hábiles, pero respetuosos de todas las creencias. Algunos malos curas, obedeciendo a degeneradas autoridades y con beneplácito del hombre *peor que Judas*, han traído a la Revolución tras del odio que provocó Huerta, un nuevo viento de demencia que puede llevarnos a terribles represalias. Los mexicanos, que, como todos los nacidos católicos, jamás penetramos en un templo de la religión ancestral sin sentirnos conmovidos por la magestad de la más antigua de las instituciones humanas, a la

que están unidos los más puros recuerdos de nuestra infancia, lo deploramos profundamente, pero a cura o masón, a cualquiera que provoque la más infame de las luchas que pueda venir después de la que provocó el satánico ahijado de los arzobispos, lo maldeciremos con toda el alma! (1).

Jamás los extranjeros y los criollos de la Capital han estado en tan perfecto acuerdo. Ayer, un distinguido sudista me dijo que Wilson, el Presidente, era un bri-

(1) Pocos meses antes de la Traición, un entendido escritor agrario, don Antenor Sala, publicaba en "Nueva Era" el siguiente artículo lleno de previsión, de caridad y de cordura:

AL CLERO MEXICANO.

I

La religión es inmortal porque brota de ese instinto perenne, que exige al hombre sentirse un ser cósmico, cuyo principio y fin se hayan como truncados, como incompletos, cuando su mente pretende referirlos tan sólo al planeta en que sin duda nace y muere. La religión es inmortal, como la verdad; pero la Ciencia que es expresión subjetiva de ésta, se ensancha, progresa, se desenvuelve.... Así el sentimiento religioso que es imperecedero, se ha expresado en las religiones positivas: variables, progresivas, en perpetuo desenvolvimiento.... Yo me inclino respetuoso ante la religión positiva de mi raza y de mi Patria, de mi hogar de niño y de mi hogar de hombre. Yo siento profundo respeto por las glorias de su Iglesia y admiro a los varones insignes que constelan su esplendorosa Historia: así es que fué con pena intensa, cómo penetró en mí la convicción, de que realmente respetables Principes de nuestra Iglesia nacional, prestaban el apoyo de su prestigio al Partido Político, que con el nombre de Católico, iba a emprender la ruda y áspera lucha que todos hemos visto iniciarse o ir desarrollándose desde el triunfo de la revolución de mil novecientos diez: sin que tal Partido trajese en su Programa, nada grande, nada digno de la Religión, ni de la Iglesia cuyo nombre tomaba, al parecer como un simple velo que ocultase más o menos el que históricamente le corresponde, que es el de CONSERVADOR.

El Catolicismo, la Religión ¿tienen acaso que emprender una lucha política en nuestra Patria?

La Iglesia en México está sin duda, frente a frente de una inmensa labor no cumplida, labor de piedad, de amor, de caridad, de justicia; pero precisamente para llevarla a cabo, le estorbaría la política, porque la Iglesia necesita ostentarse como una cumbre, como un punto luminoso en las alturas, intocable por las pasiones políticas, para que hacia allá dirija sus miradas el

bón, y me dió sus razones. Hoy, un judío alemán que viene de México, dice lo mismo. Y da las mismas razones. Y están de acuerdo en que con el "pelado" mexicana-

pueblo humilde, en busca ya no sólo de las esperanzas celestiales que prodigamente ofrece esa religión, Madre Amorosa, a todos los humanos; sino también del pan del cuerpo, del que carecen, del que han carecido secularmente ellos, que forman la gleba, en esta Patria de DOS RAZAS, separadas aún por misteriosas nubes cargadas de fluidos contrarios, próximos a buscar su equilibrio, en formidable tempestad de rayos!

La Iglesia formando parte de un Partido Político, que necesariamente traspasará los corruptos humores de nuestro bajísimo nivel intelectual y moral, como pueblo que aún se halla en los umbrales de la civilización; ella, la Iglesia, que es la expresión sintética de la más elevada cultura y que fácilmente se convertirá en la fuerza propulsora más potente de la civilización entre nosotros ¿para qué se empequeñece, haciéndose solidaria de la conducta y los destinos de un Partido Político?

Es con pena, es contrariando íntimos sentimientos de respeto a la palabra, al pensamiento de los Prelados de la Iglesia, como me atrevo a formular ante mi propia conciencia y ante la Nación, las observaciones que preceden, no sin que un objeto elevadísimo, en mi humilde concepto, me impulse a ello.

Está por estallar, si no es que ha estallado ya, digámoslo con la entereza que requiere un momento de inmenso peligro para la Patria, una espantosa revolución social, en la que se están poniendo frente a frente y tomando posiciones de combate la ignorancia de grandes multitudes y la incipiente civilización, que una Nación ilustre en tres siglos de dominio ha extendido por todo un Continente, bajo las inspiraciones de una Iglesia que ha obrado con bien nutridas legiones de Valencias y las Casas.

Ignorancia y Civilización, esto se halla en lucha entre nosotros; pero la Ignorancia tiene a su disposición todos los elementos destructores con que cuenta la más elevada cultura, lo que centuplica la temibilidad que ya tiene por su número.

Frente a tal fenómeno social se hallan la Iglesia, así como los hombres de Estado de la Patria mexicana.

¿Cuántas y cuán grandes cosas podría hacer por resolver ese problema en bien de la Patria, de la Humanidad y de la Iglesia Universal, la Iglesia Mexicana, si dejando de ser PARTE de uno de nuestros Partidos Políticos militantes, siguiese con toda su energía y ciencia e inteligencia, el luminoso camino que para la obra social ha trazado el Vaticano desde el ilustre León XIII y su insigne sucesor al Pontífice Reinante?

Si esta Iglesia, la nuestra, inspirándose en su propio corazón y en su perfecto conocimiento del medio, discurriese por sí, especiales senderos para mejorar pronto, la situación económica en realidad lamentable en nuestro proletariado, escribiría una página tan brillante, como las más esclarecidas en la Historia del Cristianismo....

México se haya abierto a la acción social del Clero; pero si hay una obra

no no hay otra cosa que hacer que "meterle muchos metrallazos."

Unos y otros olvidan que "México no está hecho," que "quizá se está haciendo" y que todas las naciones han pasado por allí en alguna o en varias épocas de su historia. El desenvolvimiento histórico de los pueblos obedece a muchas causas que el más sutil ingenio no podría desentrañar. En este continente hay veinte repúblicas

grande, trascendente, fecundísima en todos sentidos, a la que pudiera dedicarse con plena seguridad de éxito, esa obra es la creación de la pequeña propiedad rural, combinada con la colonización extranjera.

En mi folleto EL PROBLEMA AGRARIO EN LA REPUBLICA MEXICANA expongo un medio que me parece práctico, para llegar al conocimiento del verdadero valor de los fundos rurales y propongo que el Gobierno declare que la colonización y división parcelaria de la tierra, serán considerados como motivos legítimos de expropiación por causa de utilidad pública. Supongamos obtenidos los fines indicados.

En tal caso, toda empresa, toda colectividad que se proponga el mejoramiento de nuestra agricultura y de nuestra situación económica en general, ya sea con miras puramente especulativas, ya con caritativas o filantrópicas de cualquier orden, tiene ante sí DOSCIENTOS MILLONES DE HECTAREAS de tierra, comprendidas en los climas más variados y susceptibles de la producción más abundante en todo género de productos.

El Clero que goza de un prestigio moral con nada comparable, podría impulsar a los agricultores de verdad, más aptos, más morales y aún los más creyentes, a cambiar en un momento la precaria situación porque pudieran atravesar en cualquier región del Mundo, por la envidiable de propietarios de parcelas diez o más veces superiores en extensión de las que en esos países posean, dotadas de análogo clima y susceptibles de dedicarse inmediatamente, al acostumbrado cultivo. El Clero que se haya en contacto con todos los humildes, así como con todos los poderosos de la Tierra, ya que ha tomado la cristiana determinación de favorecer en lo posible a las clases desvalidas, mejorando mediante la acción social católica, sus condiciones económicas; con sólo establecer las primeras doscientas mil familias de pequeños propietarios agricultores europeos en nuestro suelo, lograría evitar la guerra social que ya nos empuja a destrozar, porque en tal caso, lo menos un millón de mexicanos quedarían manumitidos de la espantosa situación que los impulsa a buscar la muerte en los campos de batalla o la encrucijada, en los críticos momentos actuales.

El Clero conoce a México, conoce los países extranjeros, tiene perfecta posibilidad de promover y obtener grandes asociaciones de hombres y capitales para cualquier fin cristiano y salvador; todas las naciones están sujetas a su generosa acción social cristiana, cualquiera que sea el estado político de las

que nadie comprende. Los "hombres de tez rosada" vienen, plantan su tienda, se quedan veinte, cuarenta años, sin jamás oírseles observar si las cosas "están como deben estar" o cuando se les ocurre, critican, protestan, se indignan contra los abusos cuando alguna vez les toca ocurrir a la justicia.

El convulsionismo devora a las naciones de la América intertropical y retarda su progreso. Es inconcuso que en las pequeñas repúblicas el capricho, la ambición de un caudillo, es el origen visible de esas convulsiones; pero debe pensarse en que si esos pueblos estuvieran gobernados con justicia, si en cada caudillo no vieran un "mejorador" de su desgraciada suerte, no arriesgarían su vida por el simple placer de encumbrar a un individuo, tanto más cuanto que su rudimentarísima formación intelectual no puede inspirarles aquel amor a la gloria que llevaba a los soldados de Napoleón al heroísmo y a la muerte. Mientras que los prohombres que dirigen los destinos de México, no se apliquen a combatir las verdaderas causas del convulsionismo, México no estará nunca más que en agitación o en letargo, pero nunca en paz.

Todos los pueblos de la tierra han pasado por terribles períodos de transición, y especialmente los más grandes, como Grecia, Roma, Francia, templaron su espíritu bajo el hierro y el fuego de tremendas luchas. Quizá el período de las convulsiones revolucionarias es una etapa del progreso, una crisis más o menos violenta que sufre todo organismo social como un exceso de vitalidad en los períodos de mayor crecimiento. "Es una cri-

mismas naciones. El Clero, la Iglesia, y aún más la Religión, es superior a la Política (en todas partes llena de las mayores miserias) por esto es que, en mi entusiasmo, en mi fe por el progreso de mi Patria, lamento que la Iglesia Mexicana empobrezca su nobilísima, su providencial misión, descendiendo hasta la Política y dificultando, haciendo casi imposible su poderosísima acción social, que llenaría sus fastos de gloria y haría de sus templos y de las moradas de sus prelados, el centro de las gratitudes, de los respetos, de las veneraciones de todo un pueblo, por ella ayudado para su regeneración.

ANTENOR SALA.

sis de crecimiento", decía Madero, pero Madero vió claro en su tiempo como Humboldt vió en el suyo y en el futuro cuando escribió estas palabras que los mexicanos no debieran olvidar nunca: "*Los gobernantes de la Nueva España deben persuadirse de que el bienestar de los blancos está íntimamente ligado con el de la raza bronceada y que no puede existir felicidad duradera en ambas Américas sino en cuanto esta raza, humillada pero no envilecida en medio de su larga opresión, llegue a participar de todos los beneficios que son consiguientes a los progresos de la civilización y las mejoras del orden social*".

Los extranjeros —y aun algunos extranjeros ilustrados— de México, hablan frecuentemente de las "ambiciones" como única causa de las convulsiones de este país. (1) Se ha tenido cuidado de dejarles ignorar que la cuestión que divide a los mexicanos de nuestros tiempos, no es una cuestión de formas políticas, sino de caridad, de justicia, distinguir si la alimenta un espíritu de egoísmo o de sacrificio; si la sociedad mexicana no debe ser sino una gran "hacienda", en la cual el criollo o el español sea el patrón y los indios sus esclavos, una gran explotación en beneficio de los favorecidos por el nacimiento, o una consagración de cada uno al bienestar de todos y sobre todo a la protección de los débiles.

La Revolución Mexicana es una verdadera revolución puesto que pone dos fuerzas sociales en conflicto.

(1) No debe extrañarse demasiado que a los extranjeros les duelan nuestros disturbios. Los ferrocarriles que cortamos, los puentes que incendiamos, las minas que inundamos, las fábricas y almacenes que destruimos son de ellos, hechos por ellos. Pero no deben condenar a la víctima, sino al verdugo. Por poco que ahonden las cuestiones mexicanas que tanto les exasperan, los extranjeros de México comprenderán que nada hay más inmeditado ni más absurdo que su porfirismo, sino su huertismo del que tanta gala hicieron muchos de ellos. Ningún país presenta tan desnudo, como México, el espectáculo de una gran riqueza en contraste con una gran miseria. Ahora bien, en México hay criollos y hay indios. ¿Quién ha visto nunca a un criollo labrar la tierra o perforar las montañas?

Si fuera una simple guerra de ambiciones personales, no habría desplegado toda su fuerza contra Díaz ni mucho menos contra Huerta. La Revolución Mexicana es más gloriosa, por lo menos en esto, que la Revolución Francesa, por más que sus directores, de inferior talla filosófica y oratoria y de consiguiente, menos brillantes, no hayan sabido formularla ante la nación ni difundir sus ideales ante el mundo. La parte burocrática y directora del movimiento, en manos de criollos resentidos aún de la educación porfiriana, se ha mostrado quizá débil y poco apta; se han descuidado las cancillerías europeas; las intrigas, las envidias, el sectarismo anticatólico (1) y

(1) Nada conozco de más inmoral que la persecución colectiva. El que molesta a los demás por sus creencias religiosas, es indigno de la libertad. No se concibe a un hombre honrado sosteniendo a Huerta, pero sí a un hombre honrado y puro adorando a todos los santos que se le dé la gana. La Revolución tiene el deber de eliminar a todo aquel que en el Ejército o en el Gobierno sirvió al Traidor, pero no tiene el derecho de perseguir a un solo cura por el simple hecho de ser cura. Si algunos personajes del Clero Católico han hostilizado a la Revolución que viene a lavar un sangriento ultraje, debe castigárseles con el mismo rigor que a los demás; pero en un país cuya inmensa mayoría está compuesta de católicos, parodiar la nefasta obra del sanculotismo jacobino es trágicamente ridículo y contrario a los principios de estricta justicia que la Revolución proclama.

La Revolución maderista respetó la libertad de conciencia porque el Alto Clero Católico, siguiendo las direcciones que marcaron el pontificado de León XIII, se abstuvo de tomar participio en la contienda y porque al delicado espíritu de Madero, todo hecho de rectitud y armonía, repugnaba todo atropello. El solapado pero visible apoyo que algunos arzobispos prestaron al abyecto gobierno del Traidor, explica que ciertos ultramontanos, asesorados por agentes masones y ministros protestantes, pongan todo su esfuerzo para convertir el movimiento revolucionario, tan determinadamente agrarista y social, en guerra de odios religiosos. Los espíritus de Hebert y Gambetta, flotan sobre nuestros anárquicos y semi-cultos mestizos tan enfatuados de incipiente jacobinismo. Pero en un país cuyas mujeres y cuyos indios son esencialmente piadosos, el proselitismo sectario, basado en la persecución brutal, es punto menos que imposible. Algunos periódicos fronterizos, ávidos de novedad y de "parodia," reclaman ya un 93 a la entrada triunfal en la Capital de la República. Ignoran que para que los horrores de la Revolución jacobina se produjeran, fué necesaria la existencia de un partido hugonote cuya fuerza habíase ya manifestado en la corte misma de varios monarcas así como la monumental preparación de los Voltaire, los Montesquieu, los Juan Jacobo, los Diderot y toda una falange de enciclopedistas innovadores y geniales sin que a la postre lograra evitarse la consolidación del Imperio por el Concordato. La Revolu-

otras pasiones poco dignas de las altas finalidades que la Revolución persigue, han podido infiltrarse y desa-

ción Mexicana, en su origen, imagina la fundación de la verdadera patria sobre la base de una sociedad que divide la tierra para multiplicar entre sus miembros la pequeña propiedad, la pequeña renta, sumando voluntades y energías en provecho del bien general. ¿Qué tiene que ver esto con las cuestiones religiosas? Si el Alto Clero, en presencia de tan justo programa todo formado de Caridad y Esperanza, se mostró egoísta y adverso, no debe olvidarse que muchos curas rurales, víctimas también de la defectuosísima organización de una Superioridad que pone en manos de curas españoles las mejores parroquias, son con frecuencia más maderistas y más amigos del Indio que muchos sectarios de cuartel o de oficina. Está bien que se desarme a un clero hostil, que se le debilite; está bien que se conquiste la libertad antes de practicarla, pero a qué ofender puerilmente a muchos curas inocentes, a todas nuestras mujeres y a todos nuestros indios con espectáculos que hieren lo más íntimo de sus sentimientos y pueden conducirnos al derrumbamiento de nuestros VERDADEROS ideales? A la "guerra moral" que provocó Huerta y que va a concluirse con el triunfo del SENTIDO MORAL, vamos a oponer la "guerra religiosa"? A la guerra civil del honor, del corazón, opondremos la guerra civil de las conciencias, de las almas? Ah! Pensemos en esto: dos causas pueden despertar a nuestros indios de su secular letargo: la causa "corazón" y la causa "vientre". Si ésta puede llevarlo a la libertad, aquélla lo conduce a la servidumbre. El Indio está acostumbrado a no comer, pero jamás ha visto, en sus templos, a ningún hombre en actitud irreverente o blasfematoria. La substancia religiosa de su espíritu es indestructible por cualquier medio que no sea la persuasión o la escuela laica. El día que cien curas, con el estandarte de la Guadalupana en la diestra, se lancen por los campos y las montañas, conquistarán sobre nuestros cadáveres, para los indios que los seguirán a millares, la continuación por muchos siglos de su esclavitud, de su miseria, de su hambre.... Proclamemos, como Prudhon, LA JUSTICIA EN LA REVOLUCION Y EN LA IGLESIA, pero no turbemos brutalmente las conciencias ni desperdiciemos nuestras fuerzas con tentativas que además de peligrosas resultan infantilmente prematuras.

La libertad de conciencia es la primera de las libertades públicas y la fuente de todas las demás. Aun los que la atacan, solo se atreven a hacerlo en su nombre y bajo pretexto de imponer respeto a sus adversarios cuando lo único que consiguen es provocar su odio. Nadie puede atreverse, hoy día, a reivindicar para el gobierno la facultad de inmiscuirse en el dominio de la conciencia religiosa con el propósito de mantener o introducir cualquier credo. La conciencia religiosa es un dominio privado y reservado. Ni el Estado ni nadie tiene el derecho de mezclarse en las relaciones entre el hombre y Dios.

Para consolidarse, la Revolución necesita hacer sentir a sus enemigos toda la fuerza de su poder, interviniendo por lo pronto en todo aquello que les haya servido de instrumento para imponer o mantener odiosos sistemas, pero no debe persistir demasiado en manifestaciones adversas a sus verdaderos ideales.

rollarse en su seno con lamentable mal ejemplo; pero la fuerza guerrera, la fuerza activa que arranca exclusivamente de la masa popular, con su glorioso contingente de cien mil campesinos armados, ha sido incontrastable. (1) Los nordistas de México no se levantaron contra un manso Luis XVI, ni han contado con el apoyo de ninguna clase directora. Los revolucionarios mexicanos no han tenido un Rousseau, ni un Montesquieu, ni un Condorcet, ni un Necker, ni un Mirabeau ni un Orléans, ni un Grégoire, ni un Dumouriez, ni un Hoche; ni un filósofo, ni un aristócrata, ni un soldado, ni un cura, ni un potentado. Una excepción: Angeles, pero ni Carranza, ni Cabrera, ni Breceda, ni Iglesias Calderón, ni Vasconcelos, ni Sánchez Azcona, ni Díaz Lombardo, ni Pani, ni Pesqueira, ni Maytorena, representan una clase y no son

(1) Uno de mis más inteligentes amigos que se encuentra en la frontera del Norte, me escribe lo siguiente:

"¿Por qué los constitucionalistas avanzan con lentitud tan exasperante? Nadie puede poner en duda los recomendables talentos militares de Obregón y Villa; pero no tenemos elementos suficientes. Toda la artillería constitucionalista ha sido tomada del enemigo, pero en dónde renovar con la necesaria frecuencia el parque 75 del Creusot? Por otra parte verá Ud. qué raros son los encuentros a descubierto. Los eternamente derrotados generales de Huerta están siempre de guarnición en las plazas fortificadas y sabido es que para atacar puntos fortificados, además de la dotación de guerra adecuada, se necesitan soldados. El revolucionario es un combatiente valeroso, pero no es soldado ni tiene jefes suficientes ni la necesaria organización. La gran fuerza cósmica, la Idea latente de éste gran movimiento escapa, además, a su rústica mentalidad... el fuego sagrado no arde en su corazón. Uno de los detalles que más me chocó y más perplejo me dejó en Sonora fué el ver que los maclentos llotas de mauser con su fieltro, su kaki y patrio guarache, han imitado servilmente la mímica, empaque y jerga de sus adversarios y usan exactamente los mismos redobles, clarinadas y toques de Juan Federal. Curioso debe ser después de un combate (que siempre termina al anochecer para instalar el vivac) escuchar idénticas voces en uno u otro campamento. No le parece a Ud. que los jefes revolucionarios podrían ser criticados por su falta digamos de imaginación? Se proponen abolir la institución que nos legaron Santa Anna y sus sucesores y la estan calcando! Pero lo indiscutible, lo fatal, lo inexorable, es que la Revolución va en marcha. Sus *leaders*, simple fenómeno de ella, podrán errar como todos los hombres, podrán desorientarla y si se quiere podrán traicionarla, pero el alma libertaria y generosa de Madero, como la nube milagrosa de los hebreos, la guiará a través del desierto. La sociedad solo puede ser reconstruida por el esfuerzo del pobre, del desesperado, del mísero", etc.

más que individuos que apartándose de lo que se ha convenido en que sean los intereses de una clase cuando no son otra cosa que el estancamiento de todas, se convierten abnegada y heroicamente en defensores de aquella que, sin ser la suya, reclama legítimamente su lugar en el sol para formar la verdadera patria. La Revolución Mexicana reconoce los mismos orígenes que la Revolución Francesa, con la diferencia de que, si esta reclamaba la abolición de los privilegios de la aristocracia y el clero que se explicaban por la protección del débil por el fuerte y tenía por principal causa la odiosa desigualdad en la repartición de las cargas públicas, los revolucionarios mexicanos pelean simplemente, según la justa frase del periódico "The Colliers", *por tierra en qué pararse*. El pueblo mexicano no se insurreccionó nunca contra Madero que no mataba. Qué arriesgaban los que se insurreccionaron contra Madero? Un proceso en cambio de buen renombre para el futuro. Con Díaz arriesgaban todo lo propio. Con Huerta arriesgan todo lo propio y todo lo de los suyos. Si la actual revolución fuera una guerra de ambiciones, se habría declarado contra Madero, pero nunca contra Huerta. La Revolución Mexicana no esperó un gobierno benévolo y respetuoso de la ley para declararse, sino que por el contrario, se ha enfrentado a aquel que, por su absoluta carencia de escrúpulos, apoyado por todas las clases poderosas del país, y fortalecido por solapada ayuda de tres potencias europeas, emplearía todos los más terribles medios para destruirla. Es falso que el pueblo haya hecho su revolución con la ayuda del extranjero: la ha hecho con armas arrancadas al enemigo en combates muy desiguales y solo una sangre se ha derramado, eso sí, a torrentes: la sangre mexicana. La Revolución Mexicana es la más gloriosa de las revoluciones, porque se ha hecho sin la ayuda de nadie y con este solo elemento: EL PUEBLO. (1) El Ejército de la Revolución es el sufragio en armas.

(1) Monterrey, México, Julio 2.—En vista de haberse publicado por el

A la voz de la libertad, el abatido pueblo azteca se esta irguiendo con virilidad y poderío contra el "pendón de ignominia" que levantaron la traición y el crimen. ¿Será esta su verdadera regeneración? Quizá no aún. Pero ha revelado que *existe*. Y existe rebosante de vida, de brioso anhelo, bajo un sol fecundante y al calor de una naturaleza generosa y espléndida. (1).

Si dentro de la larga y ferrea servidumbre, el pueblo rural ha sido tardío en la obra de libertad y consolidación que ha de hacerlo grande y fuerte, nó es ello un

"New York Herald" y otros periódicos de la Unión americana, distintos artículos y documentos tendentes a demostrar que el movimiento revolucionario iniciado por los constitucionalistas contra la administración que preside el general Huerta, sólo tenía por objeto el beneficiar determinadas líneas ferroviarias en detrimento de otras, o séase una lucha de intereses americanos contra intereses ingleses, el jefe civil de la revuelta, general Venustiano Carranza, ha dado a la publicidad las siguientes importantes declaraciones relativas a este asunto:

"En las líneas de los ferrocarriles nacionales de México, el gobierno azteca continuará manteniendo la misma representación que actualmente tiene; y el que autoriza estas líneas, como jefe nato del Ejército Constitucionalista, no reconocerá ni apoyará nunca ninguna operación que con dichos ferrocarriles se refiera, a menos que al hacer el contrato, convenio o acuerdo que a las mismas se contraiga, se dé la debida representación al gobierno constitucionalista.

Deseo que se haga público, para que todo el mundo se entere, dejando así contestadas las informaciones publicadas por varios periódicos neoyorquinos, que el gobierno constitucional no tiene contraída obligación ni compromiso alguno con la nación americana, ni con ninguna otra entidad o personalidades de los Estados Unidos, sobre este extremo. Yo no he recibido auxilio pecuniario alguno de gobiernos o ciudadanos extranjeros, pues la revolución constitucionalista desde su inicio, ha venido sosteniéndose exclusivamente con fondos mexicanos, y en esa misma forma continuará hasta su terminación.—(firmado) VENUSTIANO CARRANZA.

(1) Correspondencia particular del Gobernador del Estado de Chihuahua. Chihuahua, Diciembre 27, 13. —Sr. Muy señor mío y amigo:—He tenido el gusto de recibir su apreciable carta fecha 13 del mes en curso y en debida contestación manifiesto a usted, para que a su vez lo ponga en conocimiento de los interesados, que, por ahora no puedo utilizar los servicios de los señores ingeniero John E. Hartoridgi, John A. Palmer y W. Clark Hoel, por ser estos señores de nacionalidad extranjera y haber recibido instrucciones del Sr. don Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, en el sentido de que no se admita en nuestra tropas a ninguna persona que no sea mexicana. Por otra parte, diré a usted que yo también he pensado lo mismo que el

signo de inferioridad, sino al contrario. Se le ha esclavizado porque se le ha temido. Hay leyes científicas perfectamente demostradas en las que se advierte que los organismos superiores pasan por un período de gestación más larga y laboriosa que la de los organismos inferiores. Al levantarse contra el más duro, más sanguinario y más testarudo de los gobiernos, al lanzarse airado y resuelto contra todas las clases directoras unidas (capitalismo, clero, ejército, burocracia y latifundismo) el pueblo broncone de Humboldt está demostrando que posee las más raras de las virtudes: entereza, audacia y fé. El pueblo mexicano marcha a un porvenir brillante y quizá hasta glorioso, al que habrán contribuido en buena parte el acerado temple y la vigorosa complexión adquiridos en largos años de lucha consigo mismos, como los pueblos de Grecia y Roma se engrandecieron y brillaron después de unos siglos de guerra intestina realizando maravillosas proezas de civilización y de cultura.

Se ha dicho muy exactamente que Madero no fué "un político". Tampoco lo será Carranza, porque en México un hombre honrado jamás podrá ser "político". Yo siempre me he figurado eso cuando pienso en los partidos contendientes, como cuando a un hombre limpio se le cae su bastón en la inmundicia y no sabe por qué lado cogerlo. La política, en México, no es otra cosa que el tráfico de los empleos y los fondos públicos. Dícese corrientemente que los intereses políticos nó son "morales" ni "inmorales" sino "amorales". Yo digo que son "inmorales" porque no tienen escrúpulos. Un "pasivo" puede ser diputado y conservarse honrado, pero afirmo que un "político activo" no puede obrar con éxito sin re-

Sr. Carranza, pues he creído conveniente y justo que en la actual lucha intestina porque atraviesa nuestro país, sólo debemos tomar parte aquellos a quienes nos preocupa directamente su situación, esto es, los mexicanos. Sin otro particular, me repito de Ud. como su afmo. amigo atto y S. S. Francisco Villa. (firmado).

nunciar a hermosas virtudes y divorciarse con su conciencia. Para el político, como para el financiero, el "éxito" lo excusa todo, con la diferencia de que el uno ataca al hombre en su hacienda y el otro en su conciencia. Los hay que siendo uno y otro, atacan en ambas cosas. La finanza es cuestión de dinero y ataca al dinero; la política es cuestión de conciencia y ataca a la conciencia; como la prostitución es cuestión de pudor y ataca al pudor. A semejanza de la mujer que al prostituirse hace el sacrificio de su pudor, el hombre, para ser político "de éxito", empieza por hacer el sacrificio de su conciencia. Una mujer que libre, sana, sin dañar a nadie, comercia con sus encantos, puede conservar honrada su conciencia y puro su corazón, en tanto que el político "de éxito" prostituye su corazón y corrompe su conciencia, sin que pueda excusarse por su desgracia o su miseria, pues el hombre tiene dos fuertes brazos para luchar contra ellas. No tener escrúpulos, he ahí toda la ciencia del político. Para los intereses políticos es bueno todo lo que les conviene o pueda convenirles, como malo es todo lo que les perjudica o pueda perjudicarles. Los intereses políticos pretenden justificar o cohonestar todas las teorías por horribles y condenables que ellas sean. No se necesita ninguna virtud para ser un buen político, pero sí se requieren todos los vicios. Quien comienza por sacrificar su sinceridad, acaba por inmolar su conciencia. Durante el régimen maderista, se oía decir frecuentemente: Fulano tiene un claro talento, una rara instrucción, una rectitud a toda prueba, pero "no es político", lo que equivalía, tácitamente, a confesar que el pueblo mexicano no puede ser gobernado por hombres inteligentes, honrados y sinceros y que el sistema de extorsión, de privilegios, de corrupción, de ilegalidad y de perdicia debía prolongarse indefinidamente, sin meditar un solo instante en que si para gobernar a una corrompida camarilla de politicastos, financieros, periodistas y funcionarios civiles y militares son quizá necesarios la corrupción y el soborno, esta pequeña minoría

de logreros cuyo aniquilamiento es el primer deber de un buen gobierno, no constituye la gran masa de la nación, trabajadora y contribuyente, que sólo pide la administración de sus intereses con rectitud e inteligencia que satisfaga su única exigencia: *paz con justicia*.

Los "políticos" de México hicieron de un Iturbide un "traidor", de un Santa Anna una "Alteza Serenísima", de un Porfirio Díaz un "Héroe de la Paz", de un de la Barra un "Presidente Blanco", de un Félix un "Héroe de la Ciudadela", de un Huerta un "Sublime Presidente", de la misma manera que hicieron de un Madero un "loco", un "inconsciente" cuando no lograron hacer de él un malvado pretendiendo birlarle a la historia de su país la más pura y más original de sus figuras.



Gen. E. Zapata - C. de Morelos. Photo A.